

oligarquía, y han metido en sus arcas *la mano hasta el codo*, todos los conjurados contra la libertad del país; pues en estos últimos días se ha hecho todavía más: agotados los recursos pecuniarios se ha apelado al capital del crédito, y la firma de uno de los antecesores de V. S. en el Gobierno Eclesiástico ha circulado por ahí, en letras que pasan de mano en mano, como el papel moneda de la reacción.”¹

Puebla era una especie de campo abierto de la pandilla conservadora, y no sin justicia las autoridades tenían el deber imprescindible de ser enérgicas é inexorables contra esos manejos punibles de los trastornadores del orden público.

Y en esa *santa cruzada* emprendida y predicada con tanto afán, con tanto cinismo y tan reconcentrado odio, por la reacción desatentada y frenética, figuraba en primera fila el reverendo D. Francisco Javier Miranda, una especie de Pedro el Ermitaño, aunque sin la unción mística y buena fe que animaba á éste en su fanatismo y loca alucinación por rescatar el sepulcro de Jesucristo.

Un escritor notable decía á propósito de nuestro *héroe*, y contrayéndose á los tiempos y circunstancias que estamos describiendo, lo siguiente:²

“Era el alma de todos estos trabajos el presbítero D. Francisco Javier Miranda, cura del Sagrario de Puebla, uno de los hombres que más esfuerzos hicieron por el triunfo de su partido, y que más guerra dieron al Gobierno de Comonfort. Había sido desterrado en los primeros días del Gobierno de Alvarez, pero había vuelto disfrazado á la República á principios de 1856, y desde entonces no se pasó un día sin que la reacción le debiera algún pensamiento, algún paso ó alguna tentativa en perjuicio del Gobierno existente.

“Ya se había dado á conocer en épocas anteriores, por la astucia con que sabía trabajar en las luchas electorales para dar el triunfo en ellas á sus amigos, y por la habilidad con que sabía dirigir una intriga parlamentaria para ganar una votación; pero en la época de

¹ Decía “La Sociedad,” en un artículo correspondiente al 23 de Abril de 1858.

“El Gobierno que sucedió al Sr. Santa Anna, y permaneció hasta el 17 de Diciembre último, tuvo enemigos y fuertes desde su mismo nacimiento, como tuvimos ya ocasión de indicarlo: primer elemento de oposición, *el clero*, atacado en su conciencia, en su ministerio y hasta en su *congrua*.....”

² Don Anselmo de la Portilla.—Gobierno del General Comonfort.—Capítulo V.—Páginas 103 y 104.

que vamos hablando, probó que nadie le igualaba en el fervor infatigable con que arreglaba los hilos de una conspiración ó de un pronunciamiento, ni en la audacia y la tenacidad con que renovaba su tarea cada vez que veía sus planes destruidos por la vigilancia de sus contrarios.

“Desde que regresó á la República, vivió casi siempre en la capital; pero salió muchas veces para ir á Puebla, á Guanajuato y á San Luis; y cada uno de estos viajes era señalado por algún hecho tan desagradable para el Gobierno, como ventajoso para sus enemigos. Andaba siempre disfrazado y cambiaba incesantemente de residencia en la ciudad, por cuyo motivo la policía nunca pudo aprehenderlo; aunque otros dicen que Comonfort no tomó empeño en haberle á las manos, porque conocía que ni con todo su poder le podría salvar de las consecuencias del odio que inspiraba.”

El 25 de Noviembre de 57, una fuerza reaccionaria procedente del Sur del Estado, y al mando de los cabecillas Moreno, Cobos y Vicario, penetró hasta los suburbios de la ciudad, saqueando *de paso* el barrio de la “Luz;” mas teniendo noticia de que la seguían de cerca fuerzas del Gobierno al mando del General Don Miguel M. de Echeagaray, huyó rumbo á Amozoc donde fué alcanzada y batida mediante un combate reñido y sangriento, que le causó pérdidas de consideración.

Atento lo que antecede, no debe extrañar el pronunciamiento de la reacción, que astuta y tenaz, alentada por la política de contemplaciones de Comonfort, aprovechó esa circunstancia para enseñorearse de pronto de algunas poblaciones de importancia, y envolver al país en una guerra tremenda, desplegando para ello hasta lujo, puede decirse, de actividad y audacia, que la República contempló llena de asombro é indignación.

A su vez, verificado el movimiento reaccionario en la Capital de México, el Gobernador constitucional Lic. D. Miguel Cástulo de Alatríste, salía furtivamente de Puebla, venciendo obstáculos y riesgos inauditos: apoyado en la ley y con la firmeza de convicción que caracterizaba y distinguía á ese gobernante, se dirigió la madrugada del 18 de Diciembre, á la Sierra Norte del Estado, con el designio de establecer allí la autoridad legítima y emprender la campaña contra los usurpadores.

Acompañábanlo, entre otras personas adictas al partido liberal, los diputados Andrade Párraga, Ramón Márquez Galindo, Juan N. Méndez, Felipe Isunza, Pedro Pablo Carrillo, Agustín Domínguez y algún otro cuyo nombre no recordamos: este grupo de ciudadanos y su digno Jefe llegaron á Zacatlán la mañana del 20 del referido mes de Diciembre, y aquél patriota vecindario los recibió con señaladas demostraciones de cariño y simpatía.

La ciudad mencionada es una de las que se enorgullece de poseer, esa parte montañosa conocida con el nombre de Sierra de Puebla; por lo tanto, creemos oportuno darla á conocer, aunque sea á vista de pájaro, para mayor inteligencia de los sucesos que tendremos necesidad de referir en el curso de esta narración.

Situada en una campiña risueña; cubierta de bosques vírgenes que exhalan el aroma de una rica vegetación; surcada por arroyos murmurantes que derraman la fecundidad y la vida, Zacatlán se presenta al viajero, adornada con los mil y mil encantos de su privilegiada naturaleza y con los atractivos de su magnífica posición.

Desde la lucha homérica por la Independencia, ha dado señaladas muestras de su patriotismo é ilustración, siendo en aquella inolvidable época uno de los puntos que se consideraban como el apoyo principal de la insurrección, fuera del territorio considerable en que mandaba el generalísimo Morelos.

Luego que el inmortal Hidalgo proclamó nuestra emancipación, en el pueblo de Dolores, los independientes del rumbo empezaron á agitarse, ávidos por sacudir el yugo de la dominación extranjera: comenzaron á organizar pequeñas partidas de insurgentes, y ya al promediar el año de 1811, el Jefe de éstos D. José Francisco Osorno, persona notable de la Comarca, ocupó la población expresada á la cabeza de setecientos hombres.

El movimiento cundió por toda aquella demarcación, asumiendo proporciones alarmantes, pues en virtud de él se presentó en Zacatlán, al frente de una sección de tropa, y procedente del Interior, el joven Aldama, sobrino del héroe que lleva el mismo apellido, y que selló con su sangre su amor á la libertad.

La llegada de éste auxilio y la disposición favorable en que se hallaba el rumbo para secundar el pensamiento insurreccional, hicieron que el Gobierno de México, temiendo las consecuencias, se pro-

pusiese desbaratar esas reuniones de fuerza armada, y para el efecto, organizó varias expediciones, de las cuales daremos una idea sucinta, ocupándonos sólo de las más notables.¹

La primera la realizó el Conde de Castro Terreño, quien juzgando la empresa de alta importancia, creyó oportuno ponerse á la cabeza de la expedición llevando casi todas las fuerzas que tenía en Puebla á sus órdenes.

Salió de esta ciudad el 15 de Mayo de 1813 y llegó á Zacatlán el 19 del mismo, cuya población abandonó el Jefe Osorno que la poseía.

Castro Terreño mandó destruir las fortificaciones, la fundición de artillería, la maestranza y las máquinas de hacer moneda, construído todo bajo la hábil dirección del Ing. Beristain, en el inmediato pueblo de San Miguel Tenango.

Ningún resultado práctico obtuvo de la invasión; sin embargo, en su retorno hacia el punto de partida, y que practicó el 19 del expresado mes, fué atacado en la Hacienda de Atlamajac, de la misma demarcación, por una pequeña fuerza que mandaba el cura de Hueytlalpan, Ortega y Muro, quien herido, cayó prisionero y murió á poco; según algunas personas, de las heridas, y según el historiador D. Carlos Bustamante, mandado envenenar por Castro Terreño, *dizque por no dar en Puebla el escándalo de la ejecución de un Eclesiástico.*

La segunda embestida la llevó á cabo el Teniente Coronel Llorente, que ocupó el pueblo, sin resistencia, por haberlo abandonado los insurgentes: el Jefe de éstos, el valiente Osorno, se situó con sus fuerzas en un punto llamado "Las Mesas," perteneciente á dicha Hacienda de Atlamajac: atacado en ese punto por Llorente, éste fué derrotado después de un reñido combate, teniendo que retirarse al pueblo de Tlaxco.

Otra invasión sufrió Zacatlán por las fuerzas del Comandante Samaniego, que mandaba el 4º Batallón de Guanajuato, aunque sin ningunas ventajas para la causa realista; pero la más importante de esas agresiones fué la que llevó á cabo el Coronel D. Luis del Agui-

¹ Seguimos en esta relación lo consignado en las Gacetas del Gobierno virreinal, lo escrito por los historiadores Alamán y D. Carlos M. Bustamante, y lo recogido de datos suministrados por algunos contemporáneos.

la, militar activo é inteligente, el cual emprendió la marcha al oscurecer del día 24 de Septiembre de 1814, partiendo del rancho de Chililico, jurisdicción de Tulancingo, á la cabeza de una columna de mil doscientos caballos en la que fungía como de oficial de vanguardia, el entonces Capitán de dragones del Potosí, D. Anastasio Bustamante, que después fué Presidente de la República.

Una segunda columna á las órdenes del Coronel Zarzosa, debía cooperar á la realización del pensamiento, para lo cual este Jefe se situó por el rumbo de Acopinalco, punto opuesto por donde tendría que descender Aguila, y ambas fuerzas envolver y batir á los insurgentes.

La obscuridad, la niebla y la lluvia hicieron que se extraviaran las tropas asaltantes, á dos leguas de Zacatlán, obligándolas á hacer alto, y á esto se debió que el Lic. D. Ignacio Rayón que fungía como primer caudillo, no hubiera sido capturado en la cama: la guarnición, compuesta de 400 hombres, se defendió bizarramente; pero abrumada por el número fué vencida completamente.

Rayón y unos cuantos de los suyos, entre los que se encontraba el célebre historiador y denodado insurgente, D. Carlos M. Bustamante, pudieron apenas salvarse, quedando prisioneros, entre otros, el presbítero Crespo, herido, y el Director de la Maestranza Alconedo; muertos, un hermano de aquél Eclesiástico, el Coronel D. Francisco Antonio Peredo, y otros Jefes y Oficiales.

Los realistas se apoderaron de 12 cañones de artillería, 200 fusiles y 30 cargas de parque, fabricado por el referido Alconedo en la larga residencia que el ilustre Rayón hizo en el repetido lugar: los insurgentes perdieron, según el parte oficial de Aguila al Virrey, 200 muertos, cifra espantosa, y 50 prisioneros que fueron fusilados en Atlamajac; siéndolo en Apan, desde luego, Alconedo y el referido presbítero Crespo.

Durante esa gloriosa lucha de Insurrección, fué Zacatlán el asilo de los libres que mucho dieron que hacer á las tropas realistas; y hecha la Independencia, continuó siendo liberal y progresista, habiendo sufrido por esas sus opiniones un horrible asedio el año de 1834, cuando Santa Anna, el pérfido, el versátil, daba de mano á las intituciones liberales que había jurado guardar y defender, y aceptaba las ideas conservadoras por medio del ridículo Plan de Cuer-

navaca: en ese asedio hicieron los zacatlecos prodigios de valor, y casi solos, pues que únicamente las ciudades de Puebla y Zacatecas, sostenían como ellos, el orden legal, rodeados por fuerzas al mando del General Berdejo, se sostuvieron por más de sesenta días, hasta que, faltos de municiones y presa del hambre, se desbandaron, entregando al enemigo sólo un montón de ruinas y de cadáveres.¹

Hacia esta época tan importante en nuestros fastos nacionales, el bello sexo zacatleco tomaba una participación en la cuestión política, rebozando entereza, patriotismo y un amor acendrado á las instituciones republicanas y democráticas.

En una publicación de aquel tiempo encontramos inserto el siguiente documento, que puede considerarse como un hermoso rasgo de civismo espartano, que corrobora nuestro aserto, y que hoy, tratándose de una población tan progresista, tenemos especial satisfacción en reproducir, y que dice así:

“En la época en que las ciudadanas de Zacatlán querían defender la administración establecida, era Presidente de la República el General Santa Anna, que aún no había dado á conocer por completo

¹ En este sitio en que tanto se distinguieron los valientes zacatlecos, mandados por el bizarro Coronel D. Alejandro Cabrera, el Cura Párroco de la población, Dr. D. José María, del mismo apellido, hermano del anterior, persona ilustrada y de ideas liberales avanzadas, tomó también activa participación en la lucha; y al sucumbir la plaza, fué hecho prisionero, y en seguida conducido como tal, en una mala cabalgadura y con grillos y esposas, hacia los calabozos del Obispado de Puebla, en los que permaneció por mucho tiempo en riguroso cautiverio.

Este sacerdote se hacía estimar por su bondad y sencillez, y más que todo, por su ardiente caridad, que empleó siempre en favor de los desgraciados.

Amante del progreso, su ilustración era muy notable, habiendo colaborado en varios periódicos literarios y científicos de la época, especialmente en el intitulado “La Ilustración Mexicana,” en el que escribió artículos notables, llenos de erudición y sabiduría, sobre diversas materias, y muy especialmente acerca de la Historia antigua de México.

Hablando de este sacerdote ejemplar, y refiriéndose á la “Guerra de tres años,” dice uno de sus biógrafos:

“Afortunadamente para Alariste y la causa que sostenía, el Cura de Ixtacamaxtitlán, D. José María Cabrera, antiguo y resuelto liberal, le ofreció un asilo y un centro de operaciones á la vez, en aquel pueblo situado en un punto estratégico y formidable, que jamás osaron pisar las fuerzas reaccionarias, y cuyas abruptas y gigantescas sierras avanzan hacia la Mesa Central. Desde ahí emprendió diversas expediciones, obteniendo la victoria en distintos combates, como en el asalto y toma de Huamantla y de otros puntos, considerados inexpugnables baluartes de la reacción.”¹

¹ Liberales Ilustres Mexicanos.—Biografía del Licenciado Don Miguel Cástulo de Alariste, por Ange W. Cabrera.

sus tendencias á la dictadura, y dejaba sentir al país la bienhecho-
ra influencia del ilustre liberal D. Valentín Gómez Farías, que era
el Vice-Presidente.

“Pues bien, en esa época tan notable para el país, fué levantada
la siguiente

ACTA.

“En el Pueblo de Zacatlán de las Manzanas, capital del departa-
mento, á los veintinueve días del mes de Julio de mil ochocientos
treinta y tres: reunidas en la casa de la ciudadana María Candia las
principales patriotas de esta población, tomaron la palabra las ciu-
dadanas Juana Cano, María Candia y Nicolasa Martínez, y manifes-
taron: que hallándose amagado este pueblo por las tropas que acau-
dilla el desgraciado Ponce y queriendo dar pruebas de su decisión
por la actual forma de gobierno, por la que protestan sacrificarse;
queriendo, por otra parte, conservar su libertad y librarse de los ul-
trajes que pudieran sufrir si por desgracia el arrojamiento de los disidentes
llegara al extremo de acometer esta población, que á pesar de ser
evidente que vendrían á encontrar su sepulcro según las medidas de
defensa tomadas por el Sr. Comandante principal, y la decisión del
expresado, como de los Sres. jefes, oficiales y tropa, no dejarían de
causar algunos males; y queriendo evitarlos, han resuelto tomar las
armas para que cuando llegue el caso de que se aproxime el enemi-
go, y tengan que salir los soldados de esta guarnición á batirlo al
campo, queden ellas cubriendo los siete puntos atrincherados para
proteger su retirada en un caso adverso, piden á las demás ciudada-
nas emitan su opinión sobre el particular; lo que verificaron mani-
festando estar poseídas de iguales sentimientos y pidiendo se lleve
adelante tan heroica resolución. En consecuencia, por unanimidad
de votos acordaron los artículos siguientes: 1º Las ciudadanas pa-
triotas de Zacatlán se resuelven á tomar las armas, y morir primero
que sucumbir á la tiranía que con la variación de sistema pretenden
los pronunciados entronizar. 2º Que por conducto del Sr. Comandan-
te principal se haga presente al Supremo Gobierno del Estado esta re-
solución, acompañándole copia del acta y la lista de las ciudadanas
que hasta hoy se hallan presentadas, con protesta de continuar alis-
tando si fuere de su superior aprobación. 3º En caso de que sea ad-

mitida su resolución, se pidan al Supremo Gobierno doscientos fusi-
les y su correspondiente parque, cuya conducción facilitarán. 4º Se
suplicará á las autoridades civil y militar se sirvan interponer su
respetable recomendación y elevar á la superioridad esta acta y lista
por un extraordinario violento costado por ellas, á fin de saber
pronto la resolución de S. E. Con lo que se concluyó esta acta, que
firmaron las ciudadanas María Candia y Juana Cano, por sí y á nom-
bre de las contenidas en la lista.—*Juana Cano.—María Candia.*

“Lista de las señoras patriotas del pueblo de Zacatlán, que deseos-
as de prestar algún servicio á su patria, ofrecen al Supremo Gobier-
no del Estado tomar las armas para defender su libertad.

“CIUDADANAS: Luz Ricaño, María Candia 1ª, Juana Cano, Nico-
lasa Martínez, Luz Galindo 1ª, María Manuela León, Dolores Arro-
yo, María Josefa Arroyo, María de la Luz Galindo 2ª, Simona Ga-
lindo, Genoveva Fernández, Juana Cabrera, María Cano, Zeferina
Cano, Ascensión González, Josefa González, Joaquina Ricaño, Clara
González, Dominga Bote, Rosa Téllez, Micaela Martínez, María de
Jesús Aldana, Rosalía Márquez, María Antonia Cruz, Lázara Her-
nández, Manuela Hernández, María Candia 2ª, María Antonia Arro-
yo, Josefa Montalvo, Dolores Cabrera, Trinidad Cabrera, Josefa Her-
nández, Juana Hernández, Dolores Hernández, Ocotlán Hernández,
María Gutiérrez, María de Jesús Libreros, Dolores Vargas, Felícita
Vargas, Inés Hernández, Luisa Hernández, Guadalupe Hernández,
Antonia Hernández, Simona Gutiérrez, Paula Gutiérrez, Benita Gu-
térrez, Ana Santos, Luz Hernández, Dolores Martínez, Mónica Mar-
tínez, Manuela Martínez, Silveria Gutiérrez, Petra Fernández, Ra-
faela Llescas, Ricarda Fernández, Juana Luna, Carmen Rosas, So-
ledad Morales, Micaela Rodríguez, María Antonia Fernández, María
Petrona Fernández, Ana Ricaño, Petronila Ricaño, Manuela Rodrí-
guez, Alvina Ayala, Jesús Ayala, Valeriana Fernández, Ana Ro-
dríguez, Rosario Herrera, Josefa Ibarra, María Nava, Josefa Nava,
Cristina Luna, Getrudis González, Nepomucena González, María Iba-
rra, María de Jesús Cabrera, Benigna Cabrera, Luz Luna, Jesús Pé-
rez, Cristina Pérez, Manuela Arroyo, Nicolasa Hernández, Victoria-
na Hernández, Lugarda Cabrera, Simona Tello, Mariana Hernández,
Luz Ricaño, Simona Hernández, Valentina Fernández, Desideria
Rodríguez, Cesárea Morales, Simona Vázquez, Ignacia Paz, Petroni-